

¡NOS TIENE CUENTA LA ORACIÓN!
DOMINGO 5º PER ANNUM B
8 de febrero de 2.009

En aquel tiempo, al salir Jesús y sus discípulos de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, y se lo dijeron. Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles. Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar.

Se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron y, al encontrarlo, le dijeron: Todo el mundo te busca. Él les respondió: Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he salido.

Así recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas y expulsando los demonios.
Marcos 1, 29-39

Otro gallo le cantaría al hombre de hoy, si dedicara tiempo o más tiempo a la oración. Mejores serían nuestras ciudades y más fraterna nuestra civilización, si en cada casa hubiera un pequeño oratorio, y si, al comienzo de nuestras empresas y coronándolas a todas ellas, contáramos con la gratificante y rentabilísima vivencia oracional. Como en el caso de Cristo que, en la soledad y oración, completa e inicia su ministerio de liberación y enseñanza.

Cuando nos falta el sentido del por qué y del para qué de todas nuestras actividades, podremos estar más o menos tiempo absorbidos y entretenidos en el teje y maneje de la vida; pero llegan momentos en que todo nos resulta vano e insatisfactorio, al faltarnos ideal y sentido para nuestro obrar y padecer, para nuestro recordar y nuestro esperar.

Algo parecido nos ocurre cuando nos desborda la alegría de gozos que sabemos perecederos y fugaces, gozos que quisiéramos eternizar pero que se escapan de nuestro intento posesivo, a pesar del amor y hasta necesidad que sentimos de hacer eternas a las personas y cosas que queremos y amamos.

Y una como necesidad de pedir, de agradecer, de contemplar a Aquel que está en la base de todo y de todos, nos arrastra al gratificante y fecundo descampado de la oración. Para, entre otras cosas, aprender a descubrir el único Rostro Paterno de Dios a través de tantos y tantos rostros humanos, a través de tantas caras y caretas en las que ese rostro se revela y oculta, se desfigura y configura. Para pulsar, asimismo, el protagonismo de Dios que instrumenta su actividad a través de

nuestras responsables actividades, con la voluntad irreversible de llevar a todo hombre y a todo el hombre hacia su plena y total realización.

A esto nos incita y capacita el hecho de que Cristo, después de una jornada de intensa y extensa actividad y antes de marchar a otras aldeas cercanas para predicar y sanar también allí, se marchara de noche y se pusiera a orar en soledad y silencio. Y eso que las gentes tenían necesidad de Él.

No obstante todo esto, a la vista de lo poco o nada que oramos ¿no será que somos poco pragmáticos, de tal forma que si quisiéramos construir casa inconvencible y hacer una ciudad estable, deberíamos más veces recurrir y sentir a Dios como albañil principal y como vigilante imprescindible?

Juan Sánchez Trujillo